

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI.—NUMERO 5

SUMARIO:

I. *Acta*.—II. *Jeremías Martínez*, por Isaiás Gamboa.—III. *Crespones*, [poesía], por Isaiás Gamboa.—IV. *La muerte de un poeta*, por Carlos G. Zeledón.—V. *En la tumba de Jeremías Martínez*, (poesía) por José María Gomar.—VI. *A la memoria de Jeremías*, por Indalecio Zelaya.—VII. *Ultimo "Adios"*, (poesía), por Salvador Díaz.—VIII. *Jeremías Martínez*, por A. Masterrer.—IX. *Lápido*, (poesía), por Luis Lagos y Lagos.—X. *Jeremías Martínez*, por Juan Antonio Solórzano.—XI. *Jeremías Martínez*, [poesía], por Adolfo Medina G.—XII. *Jeremías Martínez*, por Alonso Reyes G.—XIII. *Jeremías Martínez*, por Arturo A. Ambrogi.—XIV. *Jeremías Martínez*, por Luis Lagos y Lagos—Artículos literarios de Jeremías Martínez.—XVI. Poesías de Jeremías Martínez.—XVII. Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Mayo de 1895.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Alberto Masferrer.
1 ^{er} . Vocal	„ J. Antonio Solórzano.
2 ^o „	„ José María Gomar.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Isaias Gamboa.
2 ^o „	„ Indalecio Zelaya

SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Br. D. Eusebio Bracamonte.	Br. D. Juan Gomar.
„ „ Doroteo Fonseca.	„ „ Alonso Reyes G.
Dr. „ Francisco Espinal.	Dr. „ Víctor Jerez.
„ „ Fermín Bayona.	

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Rubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	Juan J. Laínez.
Dr.	Désire Pector.	„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	Adolfo Castro.
Dr.	Lucio Alvarenga.	Dr.	Jesús Díaz de León.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	Rafael E. Cháves.
„	Celso Briones.	„	Ezio Monjiardino.
„	Domingo Martínez Luján.	„	Leonidas Pallares Arteta.
„	José Joaquín Palma.	„	Ismael Enrique Arciniegas.
„	Sixto Morales.	„	Carlos Fernández Shaw.
„	Nazario Salaverría.	Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Próspero Calderón.	„	Vicente Lines.
		„	J. S. Chocano.
		„	Ricardo Palma.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Victor Jerez,

Eusebio Bracamonte,

Doroteo Fonseca,

TOMO VI.

San Salvador, mayo de 1895.

| NUM. 5'

ACTA

DE LA

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión extraordinaria celebrada por la Junta Directiva de la Sociedad científico-literaria "La Juventud Salvadoreña", el día 10 de mayo de 1895.

Asistieron los señores socios: Presidente Masferrer, Vocales Solórzano y Gomar, Tesorero García y Secretarios Gamboa y Zelaya.

Abierta la sesión, se leyó el acta de la anterior, y fue aprobada.

El socio Solórzano leyó un despacho telegráfico de Chalatenango en que se le comunicaba la infausta noticia de la muerte del Socio Activo don Jeremías Martínez; y en reconocimiento de los méritos que él poseía, y como señal de duelo por tan irreparable pérdida, la Junta acordó unánimemente:

1º—Dirigir á la familia del

difunto una comunicación de pésame:

2º—Enlutar las columnas del periódico "La Juventud Salvadoreña" en el presente mes:

3º—Designar al socio Gamboa para que, á nombre de la Sociedad, escriba y publique un artículo necrológico:

4º—Insertar en esta misma Revista todo lo que con motivo del referido acontecimiento se haya escrito, tanto por los socios como por los particulares: y

5º—Publicarlo que en prosa y en verso, haya dejado escrito el socio cuya prematura defunción deplora esta Academia.

No habiendo otro asunto de qué tratar, se levantó la sesión.

Alberto Masferrer,
Presidente.

Isaías Gamboa,
1er. Secretario.

Jeremías Martínez.

La Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña", está de duelo, y enluta las páginas de esta Revista por la muerte del socio activo don Jeremías Martínez.

La Corporación pierde á uno de sus más decididos miembros. La nueva generación literaria de El Salvador, á uno de sus más dulces poetas.

Entusiasta por el adelanto intelectual, hizo del magisterio su profesión, y así prestó importantes servicios en las escuelas de la República. Fue socio fundador de la "Sociedad Pedagógica" de esta ciudad, y allá llevó las luces adquiridas por el estudio y la práctica en sus labores escolares.

Dio alto ejemplo de patriotismo con sus protestas en época difícil y con su voluntario destierro, él, que por su carácter tanto necesitaba del cariño inmediato de los suyos.

Siempre tuvo un elogio para la buena acción, y reproches para lo falso y lo ruin. Se entusiasmaba ante los caracteres firmes y ante las ideas elevadas y puras, y manifestaba su repugnancia por los que se empequeñecen hasta el nivel del vicio y la deshonor.

Veía á la sociedad como un cuadro de miserias, y él, que tenía alma pura, hula del fango para no manchar su alma.

Jeremías era todo sentimiento, todo idealidad; vivía la vida del espíritu, y tenía sed del goce espiritual, ese goce que es la esencia, el perfume del amor. Pero fue desgraciado en sus amores; y de sus desengaños, de su desesperanza, de su desgracia y su dolor, nació su poesía, sentimental y tierna, dictada por su corazón, escrita con su llanto.

No siguió Jeremías las prescrip-

ciones de determinada escuela. El era de aquellos que cantan porque sienten; porque necesitan arrojar del alma un poco de amargura, convertida en estrofas, que, para unos son extrañas y para otros, que las comprenden, son queridas.

La obra poética de Martínez es muy corta, cual corresponde á los pocos momentos de reposo que en medio á sus fatigas puede tener el joven pobre que trabaja para vivir y vive para trabajar.

No faltarán por ahí ligeros descuidos, principalmente en las composiciones que escribió poco antes de su muerte y que se han encontrado en borradores, sin corregir; pero en lo general esa pequeña obra es obra buena. Poeta por naturaleza, supo sorprender, para dejarlo en muchos de sus versos, eso que pudiera llamarse el secreto del arte.

"Fluido, sentimental é ingenuo"—que dijo Gavidia—su poesía puede compararse á una fuente límpida que corre sin obstáculo por un jardín ameno y se aleja murmurando por entre rosas y jazmines.

En las pocas estrofas que nos ha dejado, no se advierte la lucha del pensamiento con la forma. El lenguaje es correcto, y las combinaciones armoniosas. No tiene pensamientos rebuscados, y hay, sin embargo, imágenes bellísimas. Copio esta estrofa de *Asonancias*:

Tus palabras son flores que en su cáliz
Encierran dulce néctar ambarino,
Que trastorna, que turba, que produce
La embriaguez infinita del delirio.

Al "Insomnio" que es una composición sentida y bella, sí le quitara yo una metáfora que puso el autor en la última estrofa.

De Amores es una poesía muy hermosa.—Hay ahí un lánguido fulgor como de luna: es un rayo del astro del recuerdo que atraviesa las sombras de los años y pe-

netra en el alma; ó, como dice el poeta:

Es que su imagen pudorosa y bella,
Pálida vuelve á la memoria fría.
Es que la misma luminosa estrella
Su lumbré triste vacilante envía.

Entre los trabajos inéditos de Jeremías se ha encontrado una colección de *Rimas* que bastan para la gloria del poeta; es un tesoro literario cuya existencia nadie había sospechado; cada estrofa de éstas parece un fragmento de un libro íntimo que él hubiera escrito algún día, y cuyo trágico argumento lo sabía sólo su alma.

Poco escribió en prosa Martínez; y cuando lo hizo, siendo redactor de "El Ideal", dio muestras de manejar la prosa correcta y elegante, tan fácilmente como manejaba el verso limpio y armonioso. El artículo *Croquis* es un cuadro lleno de una poesía "dulce y tranquila" como la noche que allí se describe, "silenciosa, casta y melancólica". En el siguiente párrafo que copio de otro artículo, dirigido á una señorita, expresa Martínez su manera de sentir la poesía. "¿A Ud. le gustan los versos? Sí, deben de gustarle porque ellos son los suspiros delirantes, las palpitaciones profundas y desesperadas con que habla el corazón; sí, le gustan porque es tímida y sensible como la tórtola; le gustan porque son lágrimas, sollozos, fragmentos misteriosos de la vida. ¿A quién no gusta el canto de las aves? A Ud. debe de agradarle porque Ud. siente, canta, arrulla".

Pienso que las mejores composiciones de mi compañero que se fue, son las inspiradas por el amor filial. Hagó especial mención de la titulada *Elegía*. Es una queja inmensa que el huérfano lanzó con toda el alma, para que llegara hasta el cielo, en donde está la

madre del poeta. Sí llegaría; puesto que él se ha ido, es porque su madre lo ha llamado.

Quisiera, para que quedaran en mi artículo, anotar, copiar todas las bellezas que encierran las poesías de Martínez; pero casi todo quedaría y esto ya es egoísmo.

Leed esas páginas de una alma, y decidme después si el que tal escribió no era poeta. Yo amo esos versos con el corazón; pero me diréis: "no podéis juzgarlos, porque el corazón no hace justicia."—Es verdad; además el poeta era mi amigo, mi compañero, mi hermano, y...ya está muerto!....

ISAÍAS GAMBOA.

CRESPONES.

*En la tumba de mi amigo el poeta
Jeremías Martínez*

I.

¿Con que es verdad que ya los ojos míos
No podrán verte nunca?
¡Ah! qué triste es pensar que estás durmiendo
Hoy, solo, en una tumba!

II.

Antes de que la vida
Apagara en tus ojos sus antorchas,
—¿Te acordaste, poeta, de tu amigo,
Del que, triste, hoy te llora?

III.

No puedo conformarme
Con tu partida eterna....
¡Ni me dijiste adiós!... ¡ingrato! Y mi alma
No quiere consolarse de tu ausencia!

IV.

El amor, el placer, el pensamiento,
Vínculos son para enlazar dos almas;
Pero el dolor las funde; así la mía
Se fundió con la tuya... ¡en la desgracia!

V.

Tú que ya te libraste
Del fardo de la vida,
Que aun pesa sobre mí, dime: ¿es muy dulce
Ese reposo de la tumba fría?

Silencio! no se turbe
La eterna paz de tu tranquilo sueño!.....
Sin ruido, aquí, en tu lápida
Vengo á dejarte un ramo de recuerdos.....

ISAÍAS GAMBOA.

La muerte de un poeta.

En Chalatenango, su pueblo natal, ha exhalado su último aliento nuestro inolvidable y querido amigo Jeremías Martínez. Ha muerto joven, con el pesar de llevarse sus mejores ideales sin cumplirse y sus dorados ensueños en toda su eflorescencia. Murió pobre, triste, desilusionado, acosado por el dolor, que fue su inseparable compañero y que no le dio treguas ni un instante. Sufrió con calma todas sus desventuras; apuró el cáliz amargo del desencanto sin proferir una quejana ni un lamento, aunque en el fondo de su corazón se sintiese herido por la ingratitud, el egoísmo y la envidia de los malos. Sus últimos versos, que escribió en el lecho del dolor, revelan la profunda desolación de su alma y se hallan impregnados de una inmensa tristeza.

Era de carácter reflexivo, sobrio, juicioso y suave, y observó siempre una conducta metódica y moderada, apartándose, en cuanto pudo, del camino seguido habitualmente por jóvenes de su misma edad, que gastan inútilmente

sus fuerzas en devaneos y locuras. En medio de la corrupción moral y política que como un aluvión de podredumbre ha invadido nuestras sociedades, procuró conservar siempre intactas su fe, sus convicciones y sus creencias, purificadas por la reflexión y arraigadas en su conciencia por el firme convencimiento de la verdad. Luchó siempre como bueno, manteniendo su reputación á la altura de su carácter independiente, y nunca transigió con la maldad ni se avino con la hipocresía.

En los días aciagos del despotismo, tuvo palabras enérgicas para los tiranos que oprimían á la patria. Su alma honrada y viril jamás estuvo de parte de la felonía. Fue en *El Ideal*, periódico que redactaba con Indalecio Zelaya en 1893, en donde, con motivo de la muerte del malogrado poeta José Antonio Delgado, escribía, á la faz de los déspotas, estas significativas palabras: "José Antonio Delgado ha muerto! Cómo puede ser? Si el cielo, antes limpio y azul, está ahora brumoso, pesado, sombrío; si bajo de él el crimen se pasea triunfante por las calles; si la infamia se complace en verter su baba inmundada en la frente inmaculada; si se coloca en el altar al criminal, y se le adora; si se ultraja á la honradez; si de todos los esfuerzos nobles y elevados triunfan siempre las miserias.... cuando más se necesitaba de la voz de fuego del poeta, de la magia de su acento arrobador!.." Así habló, y esto le valió ser destituido del humilde puesto que ocupaba como Director de una escuela. Entonces no se toleraba ni siquiera una palabra de elogio en honor de un muerto ilustre co-

mo Delgado, y la persecución continuaba hasta en la tumba.

Poco después, cuando ya la situación se había hecho intolerable y la tiranía había llegado á su período álgido, Jeremías se fue camino del destierro, siguiendo las huellas de Masferrer, Zelaya, Solórzano y de tantos otros que, como él, se ahogaban en la atmósfera deletérea que nos envolvía, y marchó á formar en las filas de aquella brillante emigración que fue siempre la pesadilla de los Ezetas y que con su inteligencia, su infatigable propaganda y su arrojo indomable contribuyó á la caída de los déspotas.

Tenía nuestro amigo una rara percepción de lo que le rodeaba y veía y juzgaba con claridad lo que pasaba junto de él. Era fisionomista y formaba juicios rápidos y certeros acerca de las personas con quienes tenía que tocar. Pudo, sin embargo, haberse equivocado en muchos casos, y pudo haber sido también muy riguroso al hacer en lo privado apreciaciones duras sobre algunas individualidades; pero debemos decir en honor suyo que siempre procedió con la mayor buena fe y que nunca tuvo por guía la pasión innoble ni ningún otro instinto malévolo.

En sus afecciones íntimas fue siempre sincero y delicado, y era incapaz de cometer una deslealtad; pero exigía que se le pagara en la misma moneda, y cuando por desgracia no era correspondido, sufría hondamente y manifestaba disgusto.

En sus relaciones amorosas fue infortunado como no lo merecía, pues poseyendo en su corazón un manantial de inagotable ternura, era digno de ser feliz encontrando un corazón como el su-

yo; pero su estrella le hizo casi siempre ir á rendirse ante mujeres impasibles, que no le comprendieron y que escucharon sus cuitas con la actitud hierática de frías estatuas de mármol, insensibles á todo sentimiento delicado. Y bien visto, no puede culpárseles por su indiferencia, porque las bellas esquivas son, ante todo, admiradoras de la forma, y no se pagan fácilmente de exquisiteces y delicadezas de alma; prefieren, con mucha lógica, la hermosura física, que hiere directamente los sentidos, y relegan á lugar secundario la belleza moral. Ciertamente, el poeta no poseía aquella cualidad esencial para ser amado; pero lo que faltaba á su sér físico le sobraba á su espíritu y era de aquellos que pagan con abnegación y mucho amor el cariño con que se les brinda. Esa tristeza infinita que se advierte en sus estrofas, esa gran nostalgia de una vida mejor para su espíritu y esa sed de amor y de ternura que se nota en cada uno de sus versos, son el resultado de sus ansiedades, de sus anhelos, que nunca fueron satisfechos y que sólo tuvieron fin cuando la muerte se dignó venir en busca suya para darle la paz que necesitaba.

La muerte fue para él un gran alivio, porque su pobre alma se resentía ya del pesado fardo de sus penas. Empezó la jornada eterna satisfecho de haber cumplido con su deber, y aunque su corta estancia en el mundo de los vivos no estuvo llena de grandes incidentes, deja el recuerdo de haber sido un ciudadano patriota, íntegro y honrado, un hijo cumplido y amoroso, un hermano solícito y un amigo que fue un modelo de lealtad. Su vida es un ejemplo de cómo se pueden conservar intactas la pureza del alma y las fuerzas morales, aun en me-

dio de los vendavales de la miseria y en medio del lodazal de los vicios, en que sólo se sumergen las almas pequeñas y los espíritus débiles y enfermos.

Descanse en paz el amigo inolvidable, mientras nosotros nos quedamos en esta tierra de lágrimas llorando su brusca partida, batallando entre el dolor y la miseria, combatidos perpetuamente por el egoísmo de que él también fue víctima, desolados como el caminante que pierde la ruta en medio del desierto. Ya se llegará la hora en que sigamos sus pasos, yendo á reunirnos con él en las regiones luminosas en que hoy habita, y entonces estrecharemos su mano bondadosa, que no pudimos estrechar por la última vez aquí en la tierra.

CARLOS G. ZELEDÓN.

EN LA TUMBA

DE

JEREMIAS MARTINEZ.

Yo también en tu huesa, caro amigo,
Mi humilde ofrenda en colocar me empeño;
Yo que al verte soñar, siempre risueño,
Gozaba en ser de tu ilusión testigo.

Hoy que honda tumba tienes por abrigo
Y ese misero polvo es ya tu dueño,
Pienso ante todo: si la vida es sueño
¿Será el morir ¡oh Dios! premio ó castigo?

Tú lo sabes, poeta. Quizá triste
Vivieras luego, sin hallar cumplida
La rosada ilusión que concebiste.

Por eso Dios el sueño de tu vida
Quiso hacer realidad, y entonces fuiste
A despertar en su Mansión querida.

JOSÉ M.^a GOMAR.

San Salvador.

A la memoria de Jeremías.

Vén, oh musa de la tristeza, á
compartir conmigo las amarguras

en que rebosa mi alma! ¡Ven al lugar donde reina el silencio funeral, para que en brazos de la melancolía, se entregue el corazón á todas las ternuras y se sustraiga entre tanto á las miserias de la vida!

Escuchemos el suave y misterioso rumor del follaje que se mece á las caricias de las auras nocturnales, en cuyas alas aun nos traen las armonías que el poeta arrancara á su lira de oro.

Y pensar que aquel que era todo sentimiento; que aquel que nos brindó su corazón en sus cantares y nos infundió con su ejemplo nobles ideales, se ha hundido para siempre en la mansión del misterio, abandonándonos á los embates del dolor!

¡Oh amigo! gracias á que aun abriga mi pecho un manantial inagotable de sentimientos generosos, que me alejan del malo, pero que me unen por siempre á ti, puedo evocar tu sombra querida! ¡Vén á enjugar mi llanto, tú que has salvado los umbrales de lo desconocido, herido por los pesares de que fuiste víctima en el mundo!

Los ensueños de tu ardiente juventud abrasaron tu sér en el sacro fuego de puros sentimientos; y si tu vida fue un continuo sufrir, tu alma quedó purificada en el crisol de la virtud.

Tu alma generosa era infran-

queable para el genio del mal. Tuviste para el hipócrita el desprecio. El odio jamás anidó en tu corazón.

Supiste amar con la inocencia del niño.

Cruzaste el desierto de la vida en pos de un ideal, de una quimera; en pos de un imposible, buscando una alma como la tuya que te hiciera feliz.

La Parca fue el alma compasiva que al segar tu existencia en flor, te dio la dicha eterna.

¡Oh caro amigo! si el centenario de mi dolor llega hasta tu aignorada mansión, recíbelo como efusión vivísima de mi cariño. Tú sabes cuánto te quise, pero acaso ignores cuánto deploro tu eterna ausencia.

Vén, ¡oh musa de la tristeza! y plantemos sobre la tumba del amigo los cipreses cuyo follaje mecido á las caricias de las auras nocturnales, reproduzca las tiernas melodías que el poeta arrancó á su lira celestial!!

INDALECIO ZELAYA.

Mayo 10 de 1895.

ULTIMO ADIOS.

Agitando sus alas de alabastro
á mi estancia llegó
un ave blanca que al rozar mis sienas,
dijo á mi oído: "adiós."
Sumergido en las ondas del misterio
mi espíritu quedó,
y cuando el velo de la duda, frío,
á mi alma descendió,
observé con pavor que el ave blanca

en negra se tornó
y que con aire de animal siniestro
dijo después: "murió."
Todo el mundo dormía, era alta noche,
el viento bramador
quebrábase en los quicios de las puertas
con ímpetu veloz;
quise saber la hora en que sus garras
clavárame el dolor,
y aquella ave fatal, su triste sombra
poniendo en el reloj,
¡ah! púsola también en mi cerebro
y aquí en mi corazón....
No supe al cabo en mi congoja horrible
el tiempo que pasó,
sólo sé que mis lágrimas caían,
hasta que vino el sol,
que ya alumbraba con sus rayos de oro,
debajo del balcón,
un telegrama en que leí esta frase:
"Jeremías murió"

.....
¡Oh! ave blanca, espiritual poeta,
que me dijiste "adiós!"
¡Oh! ave negra, augurio de la muerte,
que dijiste: "murió!"

SALVADOR DÍAZ.

Mayo 10—1895.

JEREMIAS MARTINEZ.

Con su muerte tanto ha perdido el magisterio como las letras patrias.

El destino tiene de estos odios profundos para con ciertos hombres.

Las miras elevadas, el talento, el corazón que se está yendo tras todo lo que es noble, el carácter que no sufre reducciones ni transacciones; todo cuanto queráis lo poseen ciertas almas, y con todo eso, sufren, y con todo eso, á poco de vivir en lucha sin tregua con la desgracia, son flores tronchadas al sople negro de la muerte.

Este Jeremías, hubiera subido muy alto. Tenía él mucho corazón, soñaba mucho, y más, estaba siempre bregando por hacer de sus sueños, realidades.

*

Me acuerdo muy bien, cuando una tarde le vimos aparecer allá en Guatemala.

—Y ahora? Y este viaje?

—Pues yo tampoco pude aguantar á aquellos hombres y me he venido.

Por esos días, emigrado y miserable eran la misma cosa.

Él lo sufrió todo sin quejarse. Es decir, los males físicos. Ahora, acordarse de la patria, era inundarse en lágrimas.

Un día, la pobreza se instaló en toda forma al lado de nosotros. Nos puso sitio en regla, y cuando llegó el mes de marzo, nos tenía casi rendidos. Entonces hizo él una de esas cosas que solo hacen los jóvenes: echó al diablo el estómago y tomó la pluma. Y se pasó el mes escribiendo versos, prosa, todo ello, maldiciones contra los tiranos, todo ello protesta, todo ello odio, odio profundo, tan hondo como santo, contra los opresores. Los otros cuatro compañeros de habitación, arrastrados por el ejemplo, hicimos lo mismo. Al despertar de aquel delirio, nos dispersamos. Había por fuerza, que ganarse el pan.

*

Si sufre uno, si padece, si llora en silencio lágrimas de sangre, seguro está de sumergirse, en cambio, en pleno ideal. Sueños, sueños para el porvenir, esperanzas para cuando pase la borrasca.

Jeremías soñaba. Qué proyectos los suyos, qué devaneos, qué ilusiones.

Llegó la hora de ver aquellos sueños convertidos en hechos. Volvió á su patria.....y volvió á dar el supremo adiós á su padre moribundo.

No le quedaba más que irse y se

fue, á buscar en el sepulcro el secreto de sus ensueños.

Alberto Masferrer.

LAPIDA.

La nota negra predomina en torno
Del sepulcro sombrío del poeta:
Las flores languidecen y la brisa
Un sollozo muy triste al pasar deja.

“Ya se fue para siempre!”... así murmuran!
Las aves que envidiaran de sus cantos
La armonía sutil y encantadora.
¡Ya no oiremos la voz del pobre bardo!

LUIS LAGOS Y LAGOS.

JEREMIAS MARTINEZ.

Mírame aquí buscando con el alma,
en la tiniebla obscura,
esa espantosa puertita
á que entraste, pasando por la tumba.

GAVIDIA.

En vano, en vano buscan mis ojos henchidos de lágrimas, ese misterioso desconocido, en donde te perdiste para siempre ¡oh caro amigo del alma!

Mis miradas se detienen ante esa “espantosa puerta” que traspasan los que emigran á la eternidad, los viajeros que no vuelven. Allí, en el fondo de un marco de sombras se destaca la imponente figura de una mujer pálida, vestida con un peplo de inmaculada blancura. Con la negra cabellera destrenzada, cayéndole en desorden sobre los hombros y la espalda, las pupilas fijas en el mundo de los vivos, el índice de la izquierda sobre el labio, como imponiendo silencio, y con el de la derecha señalando el infinito.

Y le he preguntado á esa pálida por tí ¡oh poeta dulcísimo!, mi

hermano en el infortunio, mi hermano en el arte y mi hermano en la patria!... Y sin decir palabra, esa mujer imponente me ha señalado la puerta sombría, y luego ha clavado sus ojos verdes en el azul del cielo.

Y he recordado con hondo pesar aquellos días, que ya me parecen muy lejanos, en que reunidos todos los muchachos que soñábamos por aquel entonces con esa maga hechicera que se llama *Gloria*, los que amamos la virtud, la honradez y la hidalguía, los que adoramos á la Libertad y á la Patria, nos comunicábanos nuestras aspiraciones nobles, nuestros ensueños adorados, nuestros íntimos amores.

Ah! una de tantas veces, lo recuerdo muy bien, leíamos juntos el *Intermezzo* de Heine y las *Rimas* de Bécquer, nuestras obras favoritas, cuando llegó á nuestras manos un periódico que traía en su sección literaria unos versos de Manuel Gutiérrez Nájera, escritos sobre la tumba, no sé si de un amigo, de un artista ó de un poeta, pero el caso es que eran sobre una tumba. ¡Oh! aquellos versos le encataron á Jeremías: siempre me los recitaba; de ellos sólo se me han grabado en la memoria éstos, que eran los que terminaban la composición:

La puerta del salón no está cerrada,
Abierta la dejaste ¡oh viajero!....
H! de volver la pálida enlutada....
¿Quién de nosotros marchará primero?

Oh! este último verso me lo recitaba siempre Jeremías:

¿Quién de nosotros marchará primero?

Cuando le ví por última vez, enfermo del alma, más que del cuerpo, con el corazón lleno de amarguras, agobiado por las desesperanzas, se disponía á marchar-

se á su pueblo natal. Fue á despedirse de mí; hablamos breve rato, pues andaba preciso; pero sin embargo, en pocas palabras hicimos recuerdos de nuestros buenos tiempos de *Bohemia*.— “Ah! entonces—me decía él — la fúlgida luz de la ilusión cintilaba con vacilaciones misteriosas; el céfiro impregnábase de aroma; la gardenia ostentaba su corola inmaculada con orgullo aristocrático. Mil náyades divinas pasaban con la dulce vaguedad de los ensueños; la música inefable de las aves hacía estremecerse de placer á la Naturaleza entera; era aquello como la representación del ideal; era una ilusión que acariciaba; era la felicidad, la maga luminosa que hace palpar el corazón y que se complace en fascinar á toda alma delirante y soñadora. Mas todo aquello “pasó como pasan los sueños de un niño.” Quise sufrir el dolor que ocasiona la ausencia de la patria, que entonces gemía maniatada por los déspotas, y fui á comer el pan amargo del ostracismo á una república hermana. He regresado, y la patria, libre y altiva, no tiene ojos para los que la idolatramos. Pero todo está bien; el dolor hace al poeta.... quiero sufrir, quiero sentir, quiero llorar, para que las lágrimas que caigan de mis ojos sean la fuente cristalina de una radiante inspiración...”

Yo, en silencio, le escuchaba atentamente, con la mirada fija en aquellos ojos que languidecían, ojos de poeta enfermo, que parecían darme la despedida eterna. Le pregunté por su salud, y con tristeza me respondió:

—Mi salud.....ya me ves.... quizá en mi pueblo me reponga.... ¡Adiós! no te olvides de mí..... Y estreché por última vez la mano trémula del amigo amado.

Y le ví perderse entre las sombras de la noche.

Y los genios invisibles, que cabalgaban en las alas de las brisas, repitieron:

*"Ha de volver la pálida enlutada
Él—el poeta—marchará primero!"*

Y no le volví á ver: marchóse camino de la Eternidad.....

"Ya no su lira imitará el arrullo
de gamebundas tórtolas,
ni el trino del jilguero,
ni el canto de la alondra".....

Poeta: yo también, como tú, he sufrido, he amado, he sentido, he llorado.... ¡Ah! cuándo me perderé, también como tú, en el camino de la Eternidad!....

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

Jeremías Martínez

Extático el poeta en sus visiones,
Contemplando su ideal,
Cerró los ojos, se quedó dormido,
Y no despertó más.....

ADOLFO MEDINA G.

JEREMÍAS MARTÍNEZ.

Aquel NUEVE que los griegos consideraban con tanto respeto y que para ellos era un símbolo de felicidad, en las fiestas sencillas de los filósofos, se ha convertido para nosotros en fecha de duelo.

NUEVE de mayo.... No lo olvidaremos.

El poeta del sentimiento, el joven melancólico, **Jeremías Martínez**, partió para esas regiones misteriosas de la eternidad.

¿Por qué se fue?

Id á lo alto, buscad al Señor de la Creación, interrogadle, que sólo Él puede resolver este enigma que nos abrumba, que lleva nuestros pensamientos á las negras profundidades de un abismo: el de la duda.....

Dios sabe lo que hace.

El poeta ha sido llamado por Él. Quizás se compadeció de sus intensos dolores y tuvo á bien aliviarlos sacándolo de entre las miserias humanas.

La humanidad es un monstruo. A veces no tiene corazón.

Por eso, estos seres que sienten mucho; que aman, apasionados de las bellezas del espíritu; que buscan con vehemencia la ruta luminosa que pone al hombre en relación con esos mundos divinos de lo ideal, se van, las alas extendidas, en pos de lo que la tierra les niega.

Se van, sí; pero no del todo. Hay algo que es eterno, que vive dentro de la vida.

Es la idea, es el recuerdo, es el cariño sincero, es el sentimiento.

Jeremías Martínez ya no está entre nosotros. Lo sentimos, lo deploramos.

Pero su memoria, esa sí queda y vive en nuestros corazones mientras se llega la hora suprema en que hemos de seguirlo.

Jeremías tenía lágrimas en el alma.

Lloraba, y lo amargo de sus lágrimas, brotó en raudales de sentidas notas, que vibran en el mundo de los corazones subyugados por los acentos dulcísimos de la poesía, esa maga de las ilusiones y de las esperanzas, reica encantada que en carro diamantino, tirado por Genios invisibles, anda

por los espacios hechizando los espíritus nacidos para amar lo excelso, lo que revela á Dios.

La nueva generación literaria de El Salvador, ha perdido á uno de sus más distinguidos miembros.

Jeremías Martínez, murió en la flor de la existencia. 24 años, es nada para una alma soñadora.

Pero así estaba escrito.

Reciba el que fue mi apreciado compañero, el justo tributo que rindo á su memoria.

ALONSO REYES G.

Jeremías Martínez.

Nos llega una triste noticia.

"El Figaro," con este motivo, ostenta una esquila de luto.

La amable *Bohemia* está de duelo. Dobla por un compañero, ido ya para siempre, la esquila del cariño, y en el santuario de nuestra alma, encresponada por ahora, oficia el Dolor.

Jeremías Martínez ha muerto. Se apagó, como se apaga una estrella, la vida de ese poeta sutil, á la llegada de la "nueva primavera," cuando llegaba esa coqueta zagala, que para él traía rosas nuevas, y tal vez nuevas ilusiones para su alma, enferma de nostalgia incurable.

Sobre la fosa de ese hermano pálido, á quien amó Celene, la princesa fúnebre, derramemos nuestras flores de duelo.

Doblemos la rodilla ante esa tierra recién removida, que nos ocul-

ta, como un tesoro, al compañero perdido, y que nuestros labios murmuren en su honor una oración piadosa.

Jeremías Martínez era un poeta exquisito, melífluo. Su verso brotaba espontáneo, libre, como del pico del pájaro brotan en loco tropel las notas armónicas y cristalinas. Era un poeta fácil y delicado. Su lira tuvo una sola cuerda, la que vibró en en la gama del sentimiento. Sí; el poeta deja versos en que las ternezas, en que ese algo que sentimos pero que no podemos explicarnos, bulle tranquilamente. Su estrofa corre mansamente, como corre un arroyo montañoso; salta gozosa, como salta de entre un matorral verde y húmedo una cervatilla. No se nota en todas las estrofas, que Jeremías deja huérfanas, ninguna fuerza: lo que se adivina es una facilidad bien envidiable. Al romper el alba, la nidada prorrumpe en himnos. Y arriba, el cielo azul y diáfano, tiende su palio para cobijar al árbol protector.

A Jeremías le conocí yo cuando estaba aún en mi noviciado literario. Hacía gimnasia y me ejercitaba, como un buen discípulo, (á mi fe), y no me atrevía á emprender mi caminata, larga y costosa. Jeremías emprendía ya su camino á través del frondoso bosque de la Literatura. Su cabalgadura, su ideal Pegaso, iba enjaezado ricamente. Yo no creí jamás que le alcanzaría. Pero el poeta, en plena vía, cuando columbraba ya, á lo lejos, entre el triunfo de los laureles y en medio de las brumas doradas y sutiles, la punta de los altos minaretes de la sagrada Damasco, tuvo, como Saulo, su des-

lumbramiento. Jeremías desfalleció. Casi le ahogó la enorme polvareda que el galopar del brioso alazán levantaba: le puso malo el sol fuerte. Y apartóse del camino árido. Y se internó en un fresco bosque, lleno de rosas, lleno de luz, lleno de aroma. Allí permaneció, como un solitario, como un decepcionado. El poeta, pálido, débil, enfermizo, deshojaba margaritas, pensando en esa gloria esquiva.

Era él de un carácter suave, sensible. En la amistad era insuperable. Quería al amigo como se quiere al hermano; amaba al compañero, como se ama á lo más caro, á lo más grande.

Era Jeremías "el hermano pálido" de la *Bohemia*. Siempre, junto á él, cogido del brazo, iba "ese compañero vestido de negro y que se le parecía como un hermano," de que habla Mussett en la *Noche de Diciembre*.

Se mantenía siempre muy enfermo, siempre lleno de cuidados. El trabajar mucho le hacía gran daño: de allí que su obra sea tan breve, breve y hermosa, fresca y florida como una primavera. En su corona ducal, irradian diamantes puros, chispea la mirada verde de una gema. Su manto era de albísimo armiño y su cetro, una vara de nardos en flor: se la había ofrendado una musa grácil y retozona, que había sido Reina de Mayo en una de las primaveras pasadas.

Yo pensaba desde mucho antes en esta brusca desaparición. Se lo había expresado ya así á Solórzano.

Cuando él partió para su pueblo, cuando nos dijo una tarde, con voz casi desfalleciente, que iba

buscando el calor del hogar para sus huesos ateridos por el frío de los sufrimientos, tuvimos un fatal presentimiento: ¿Sería aquella la vez postrera que estrecharíamos su mano? Iba muy enfermo, decaído, débil: era no más la sombra de aquel Jeremías, que, con nosotros, pensaba en conquistar la ciudad profana y bebía cerveza en la mesa del café, y soltaba las alas á las abejas de sus rimas, y hacía, burla burlando, prosas exquisitas, entre un sorbo al *bock* y un chupete al cigarrillo.

Tejo esta guirnalda, con mano trémula, para esa tumba querida. Que la Musa que inspiró al amigo, y que hoy viste las tocas negras de la viuda, sea la que lleve este tributo del hermano que se queda al hermano que se fue.

ARTURO A. AMBROGI.

Mayo 9.

JEREMIAS MARTINEZ.

Ha muerto joven. Cuando su numen repleto de inspiración y fantasía, en su vertiginoso vuelo, empezaba á sentir los vértigos de las cimas. Alma templada al calor de los ideales nobles, de los ensueños poéticos y de las empresas gigantes, era la de *Jeremías*.

Esclavo de la Libertad, soldado incorruptible del Derecho, defensor de la Justicia, lanzaba sus estremecedores gritos de protesta á la faz de las injusticias humanas. Y hélo ahí, perdido entre las multitudes, llevando en la mano la luminosa antorcha de su inspiración, para iluminar con ella las almas perdidas en las sombras...

Luchad, ¡oh poetas! idos tras

el ideal, sonámbulos de la gloria; dejad que os desangren el rostro las zarzas y malezas; no hagáis caso del lodo y podredumbre en que se aneguen vuestros piés; despreciad las risas burlescas de los imbéciles; tened valor, ya váis tocando á la cima..... Habéis llegado... y la cima se ha convertido en un caos.....

Había en los versos y escritos de Jeremías, no sé qué de melancólico que encantaba y que hacía pensar tristemente en lo bello. Se reflejaba en ellos un temperamento demasiado impresionable, entusiasta y poderoso. Y escritos de él había, que imposible leerlos sin sentir en todo el organismo cierta conmoción nerviosa.

Su gusto estético era admirable, y aunque era un enamorado de la forma, gustaba siempre de envolver en ella, un pensamiento, una idea.

Era, pues, una esperanza, y más que esto una gloria de la patria, que fue causa en su mayor parte, de sus padecimientos y amarguras.

Ha muerto en la flor de la edad, dejando en mí, que tuve la dicha de ser amigo y compañero, la nostalgia de esa obscura tumba á la que él rueda.

Piérdase mi nota, en el infinito, de que su alma ha ido á formar parte.

Luis Lagos y Lagos.

ARTICULOS LITERARIOS

DE

JEREMIAS MARTINEZ.

MADRE MIA.

Madre mia! ¿qué te has hecho? ¿Por qué ya no me alumbras con la luz de tus miradas? ¿Por qué ya no me das la ternura de tus caricias? Oh! Vén á consolarme.

Cuando las hojas de los árboles caen al soplo de los vientos, cuando la brisa murmura en la enramada, cuando las flores se matizan y el zenzontle melancólico apura en su canto arrobador el licor de sus tristezas, pienso en tí.

Entonces pasas por mi ardiente imaginación, como la púdica virgen del consuelo. Mi corazón te habla en su lenguaje de latidos; mis labios balbucientes se embriagan con la dulzura de tu nombre, tu nombre que es para mí todo un poema de amor y de ternura; mi alma se extasía y te eleva una plegaria....!

Pero pasas y me dejas sufriendo la nostalgia de tus besos, triste, desesperado en el desierto de la vida! Y las fuerzas me faltan, y mi espíritu desfallece.

Ah! Si estuvieras aquí, tendrían eco mis suspiros, pero te fuiste para siempre y me dejaste llorando, mojando la tierra con mis lágrimas!

Oh, virtud! oh, amor! oh, madre! ¿Por qué me abandonaste? Si vieras cómo tengo de pálido el semblante, de traspasado el corazón, bajarías á llorar mis desventuras.

Pero no, tú estás allá donde el perfume es Amor y la belleza es Virtud, donde todo halaga y sonríe, donde todo es sublime y encantador.

No! Yo no quería que bajases á llorar por mis desgracias; tus lá-

grimas aumentarían mis congojas; por no verte sollozando prefiero ir por el mundo, triste y jadeante, bogando á merced de las pasiones como arista arrebatada por el ciclón de los desiertos.

Deja que al calor de mi alma abrasadora, que al soplo de mis tiernos suspiros se evaporen las lágrimas que brotan de mis ojos.

Tú estás bien allá, en la mansión divina gozando con la compañía de los justos; allá, al lado de Dios; Dios que es el Creador del Universo.

Goza, y deja que yo vague por el mundo como arista arrebatada por el ciclón de los desiertos!

Madre, madre mía, adiós....!

S. S., octubre de 1893.

REMEMBRANZAS.

La noche era tibia. Por el balcón entraban efluvios impregnados en la esencia de las flores.

Allá á lo lejos se escucha la canción monótona, el vals alegre, el rumor fastidioso de la orgía. Aquí el gas chisporrotea derramando en el salón su luz pesada y rojiza; el teclado de marfil sufriendo la nostalgia de las manos nías que deben sacarle raudales de armonías. Allá la locura, el frenesí del entusiasmo; aquí el silencio, la meditación profunda.

En el jardín las hojas se mueven impulsadas por las brisas, el cierzo juguetea con los pétalos marchitos y ascienden, flotan como ritmos los perfumes

El gas brilla en el salón, y unos ojos grandes, soñadores, se fijan

en el rostro demacrado, el semblante triste, la mirada melancólica de un joven, que parece llevar el sello divinal de la desgracia.

Aquellos ojos fingen decirle en su lenguaje mudo algo de un cariño concentrado, algo de la ternura de la virgen, algo del amor....

Ello comprende así, lo siente así, y lo expresa así en la sublimidad de su silencio.

Oh! el silencio es el enigma del misterio. Siente profundamente la intensidad del sufrimiento: ama, adora, idolatra, pero calla. Sabe que un amor como el suyo, grande, sagrado, inmenso, no puede expresarse en el lenguaje pálido del hombre. Ama con su corazón delicado de poeta, con el delirio del artista, con la adoración del frenesí. Ella es todo para él: ella le inspira las rimas en que deja siempre un pedazo de su alma, suspiros de su pecho, lágrimas de fuego, sollozos desgarradores.....

La imagen de ella está siempre en su memoria, fija, fría, quizás indiferente. Esa frialdad le desespera, esa indiferencia le hace llorar amargamente.

Y aquellos ojos negros y lucientes se fijan siempre en él. Oh! si supieran el mal que ocasionan sus miradas; si supieran que el destello de su luz va á herir profundamente aquella alma delicada y soñadora! Pero no! Ellos parecen sonreír con la sonrisa dulce del amor, con la apariencia de una ternura indefinible, encantadora, mágica!...

Después..... "*Está Ud. triste?* Ah! *qué semblante!*" Sí, aquel semblante debía retratar la amargura del espíritu; sí, aquel sem-

blante debía denunciar á la víctima de un amor sin esperanza.

Y él pensaba:

¡Oh, cuán triste es amar un imposible! Y lloraba, lloraba amargamente.

SEÑORITA:

¿Sabe usted por qué estaba triste aquel pobre soñador?

—Es que usted, que le había fascinado con la magia de su mirada encantadora, hacía pasar por aquella imaginación de fuego toda una historia de suspiros y de lágrimas.

Era de tarde. En el cielo había mucho del azul pálido que simpatiza tanto á los poetas; en el campo mucho del verde esmeralda, mucho del verde soñador de la esperanza.

En la atmósfera flotaban el perfume embriagador, el gorjeo, el trino, el arrullo.

El canto brotando del pico de los pájaros; el aroma ascendiendo del cáliz de las flores.

Aquello era el concierto admirable de la luz, del perfume y de la música.

Y en medio del placer, del regocijo, de aquel desbordamiento de savia y de vida, él tenía el semblante melancólico y la mirada profunda como la inmensidad de su amargura.

“*Estás triste?*”

Me miró con cierta indiferencia. Tal vez estaba enbebecido en su ilusión.

Después exclamó con acento arrabador:

“*Y pude en sus ojos leer que me amaba!...*”

El pobrecillo estaba loco.

Oh, Werther! qué funestas son las decepciones cuando nos fascina un imposible! !

¿?

.....
¿Recuerda Ud? Hablábamos de versos. Me decía Ud. que los versos son cantos. Entonces recordé que un amigo, poeta de corazón, artista de sentimiento, había dicho lo mismo. Los poetas son pájaros, sí, los poetas son pájaros.

Bien lo recuerdo: estaba él en un salón, acompañado de una niña. Esperaban ambos la visita de unos pájaros. Aquella visita era deseable con el ansia del delirio. Esos señores pájaros debían llegar é inundar el salón con la dulce armonía del gorjeo.

De súbito el amigo se inquieta, se desespera, toma del brazo á la buena niña, y se dirige con ella al balcón. Llega, aparta la cortina inmaculada, entreabre el cristal plumizo, y dirigiéndose al jardín donde cantan alegremente los pájaros, les invita á entrar.

Aquel salón era un álbum, el amigo estaba en la portada.

Oh! el buen amigo se equivocaba. Si Bécquer cantó y se quejó como la alondra, y Rubén esparce el trino celestial del ruiseñor, como Díaz Mirón no canta ningún pájaro.

¿A Ud le gustan los versos? Sí, deben de gustarle porque ellos son los suspiros delirantes, las palpitaciones profundas y desesperadas con que habla el corazón; sí, le gustan porque es tímida y sensible como la tórtola; le gustan porque son lágrimas, sollozos, fragmentos misteriosos de la vida. ¿A quién no gusta el canto de las aves? A Ud. debe de agradarle porque Ud. siente, canta, arrulla....!

Sabe cuán extraña es la franqueza en la mujer?

Yo me figuro que ella dice siempre lo que piensa, casi nunca lo que siente. Se hace mártir por

placer. Pero óigame Ud. Cuando estalla en el espacio el ósculo de fuego que la virgen casta y sonrosada de la aurora, le da en la frente al astro rey, al opulento emperador que viene de allá de los lejanos mundos, las flores abren con timidez sus corolas relucientes, y muestran casta y graciosamente su cáliz desbordante de perfumes. Entonces los pájaros echan á rodar por las brisas el ária de sus cantos llenos de amor, impregnados de alegría ó de tristeza, Y su canto es ingenuo. La nota alegre es el desbordamiento del placer: la nota triste es la pena, el gemido, el *ay!* del corazón desesperado.

Pues bien: Uds. son flores, que tienen el perfume del amor, oculto, muy oculto dentro del pecho,

Son alondras que cantan tristemente la alegría, aves tímidas que en el tono rosado y chispeante de la frase van derramando por el mundo la tristeza.

Por qué no tienen Uds. la timidez sublime de las flores? por qué no esparcen en los céfiros el perfume divino, la esencia embriagadora del amor?

San Salvador.—1893.

CROQUIS.

Es la hora del crepúsculo, la hora triste de la meditación. El pájaro ensaya en el follaje espléndido su elegía de tristeza, la flor parece inclinar su cáliz desbordante de perfumes para regar en el ambiente su esencia embriagadora.

Se oyen como ecos deliciosos. La caída lenta de las hojas, el leve y dulce aleteo de dos aves que se hacen caricias en el nido, el murmullo de la brisa que juega en el jardín.

La tarde, sonrosada, seductora, en la frente el nimbo pálido de oro, vacila y desfallece. Su ¡ay! de moribunda palpita allá en lo íntimo del alma; y en la profundidad de sus pupilas negras y lucientes se ve la lucha, el combate triste de la luz con la tiniebla.

Y después.....la noche. La noche silenciosa, la noche eterna. Ahí viene, casta, melancólica, con el cuerpo cincelado, la túnica de sombras, la pupila insondable clavada en el azul, la frente pensativa y el seno marmóreo y palpitante como el ala de la tórtola que asciende.

Su voz es la voz de la congoja, de la angustia, de la queja, del dolor. Nada más triste que esa maga pudorosa. Su aliento es el aliento virginal que perfuma y diviniza, el aroma del incienso que inunda la pagoda. En él va envuelta la nota musical de la plegaria.

¡Ah! y esa maga triste lleva oculto, muy oculto, el enigma del misterio. En su mirada hay algo de la inocente súplica del niño, en su semblante algo de la frialdad que abate, algo del martirio punzante que consume lentamente la existencia. Parece la visión contrita, el alma arrepentida que llega, trémula, al altar, á depositar en él su tributo de oración. La mística virgen, la sacerdotisa majestuosa del gran templo.

Ahí viene, esplendente, luminosa, sublime, llamándonos quizás á la oración. Y nosotros, que pudiéramos contemplarla, admirarla en la beatitud de su hermosura, que pudiéramos llegar á su seno para elevar de ahí nuestra plegaria, la vemos pasar indiferentes, pobres niños subyugados por la magia del

placer, vagando por el mundo del ensueño, sedientos de gloria, de amor, de luz.....!!

San Salvador, agosto—1893.

POESIAS

DE

JEREMIAS MARTINEZ.

ESTROFAS.

Si vaga el hombre, vacilante el paso,
En la ignorancia, en el olvido eterno
Abandonado á la intranquila sombra
Como hoja leve abandonada al cierzo;
Si no dirige la pupila austera
A la onda azul, al infinito cielo,
Irá turbado en la tiniebla siempre,
Será juguete del destino adverso.

¿Qué sería del alma si flotara
En el caos de sombras del misterio,
Si rodara en los mundos como rueda
Liviana arista en huracán violento,
Sin comprender de su misión augusta
El fin sublime, que persigue el genio?
Sería nota vagabunda errando
En el simún gigante del desierto.
Brillante chispa que pudiera un día
La antorcha ser de divinal destello,
Y que seextingue, vacilante y trémula,
Al rudo soplo de aquilón soberbio.

Oh dadle luz! la obscuridad le abruma.
La ciencia dadle, el sacrosanto verbo:
Señaladle la senda que conduce
A la cima elevada del progreso;
No pongáis en su mano enflaquecida
El peso enorme de siniestro acero!
No salpiquéis de sangre sus virtudes,
Dadle mucho de luz, que esto es excelso!
Dadle mucho de luz! Porque es indigno
El hombre de ser hombre cuando el sello
De la virtud y del saber no ostenta
En su alta frente como signo atlético.
Ay! el hombre protetivo y corrompido
Es un buho que azota con despecho
La densa obscuridad de su ignorancia,
Que se cierne en el limbo de un infierno.

Dadle la luz vivificante y pura
Que esparce en la aula celestial destello,
La pura luz que su fulgor derrama

En las sabias lecciones del maestro.
El maestro! sonría vuestro labio?
Acaso le miráis con menosprecio?
¡Oh baja, indigna sociedad humana!
El es más grande que el audaz guerrero.

El no destruye, ni sus glorias mancha
Con la sangre del misero plebeyo,
Ni en su alma cabe la ambición satánica,
Ni le asedia tenaz remordimiento.
Combate rudo á la ignorancia emprende
Y es en la lid halagador y austero;
Pero ah! después de la batalla ruda
Recoge olvido, ingratitud, desprecio.

Oh! dad la luz vivificante y pura
Que esparce ardiente, celestial destello,
La bella luz que dignifica al hombre,
Y le habréis dado libertad al pueblo!
Haced que pura su fulgor derrame
De la enseñanza en el sagrado templo
Y como el vate que apostrofa al mundo
Decidle: "Estudia y llegarás al cielo."

San Salvador, Julio 14 de 1893.

AMOR.

A MI HERMANO FÉLIX M. MARTÍNEZ.

Cuando se fija la mirada ardiente
En ese cielo del amor, sublime,
Mueren el odio y la abyección latente,
Porque la lumbre del amor redime.

Triste del alma que al amor no rinda
El dulce culto que al Empero eleva!
Triste del alma que á la luz preoinda
Cuando el amor al corazón subleva!

¿Por qué burlarse del afecto puro
Que dignifica el corazón del hombre?
Su nombre solo es celestial conjuro,
Es dulce nota de laúd su nombre.

¿Por qué del alma, que al delirio ascieada,
Ha de mofarse la materia impura?
La ardiente llama, que la lumbre extiende,
Consumme el árbol de sin par verdura!

Quien con frialdad é indiferencia mira
La dulce gloria del amor pasado,
No ha amado nunca; que el amor conspira
En el dolor y en el placer deseado.

La aguda pena del dolor no es cisma
Que nos separa del delirio inmenso;

La pasión tiene en la congoja misma
Suave perfume de sagrado incienso.

La vida es bella al corazón que ama,
En la pasión el ideal fulgura;
Para la herida del amor, derrama
Bálsamo suave la esperanza pura.

Amor oculta el singular poema
Que el vate canta en el Edén Perdido;—
Amor! divino, misterioso emblema
Con un perfume celestial ungido!

Amor! el dulce, arrobador murmullo
Que vaga ardiente en la campiña ignota;
Amor! el tenue, delicado arrullo
Que en la aura leve sostenido flota.

Amor..! el aria que en la brisa vaga!
Suave perfume de divina esencia!
Luz titilante que jamás se apaga!
Que alumbra y purifica la conciencia!

RITMOS.

I

La tarde ya expira, las sombras avanzan,
Extiende la noche su negro capuz,
Las aves parleras buscando sus nidos
Agitan el aire con suave inquietud.

Las tímidas hojas tiritan de frío,
Que ya no reciben los rayos del sol,
Y el pícaro cierzo jugando en las ramas.
Les roba á las flores perfumes de amor.

Silencio! Ni un leve rúido se escucha;
La abeja no vuela sedienta de miel,
Ni zumba el insecto, ni el pájaro canta,
Y duerme en el labio la voz del placer.

Qué triste la noche! Qué triste, Dios mío!
Qué tristes los cielos! Qué triste la mar!
La pálida estrella que envía sus rayos
Parece una virgen clamando piedad!

Austera es la calma que deja el bullicio
De un día ardoroso de alegre festín,
La calma do brilla la luz del recuerdo
Acaso nos haga llorar y sufrir.

Al goce halagüeño la pena sucede,
La fría tiniebla sucede á la luz;
Y el lúgubre, triste, profundo silencio,
Al cántico excelso de ardiente laúd.

Las plácidas horas de dulce alegría
Ocultan arteras congoja y dolor;

Amor, ilusiones, soñadas quimeras
Engendran la amarga, senil decepción.

Do el goce concluye, la pena comienza;
El alma que goza, ya empieza á sufrir.
Sin penas no habría sublimes placeres,
Ni gloria si mártir no hubiera en la lid.

Los sabios consejos que dicta el anciano
Son bálsamo puro de austera verdad;
El mal, que implacable la vida acongoja,
Es cáncer que oculta la gloria fugaz.

Suframos, gocemos: la vida es muy dulce
Que choquen sedientos los labios de miel;
Que vuelen las rimas, los versos ardientes,
Que escancie la copa febril del placer!

Sufrimos? Oremos. Que elevan las almas
Sus fervidas, tristes plegarias á Dios.
Cual nube flotante de incienso á los cielos
Que suba la ardiente, sagrada oración!

II

Dime que me amas luz de mi vida,
Dí que me adoras con frenesí;
Que es sólo mía tu alma de virgen:
Tórtola, arrulla, háblame así.

* * *

Casta paloma, tiende tus alas
Llégate al cielo de la ilusión;
Y en el perfume de los jardines
Llévate el trino del ruiseñor.

* * *

Oyes el eco de unos suspiros?
Oyes un tierno, dulce cantar?
Son las plegarias de dos amantes
Que en ese cielo cruzando van....!

* * *

Oye, paloma! Canta y arrulla,
Tiende tus alas, llega al azul;
Vierte el aroma de la armonía,
Riega perfumes de amor y luz!

* * *

Tórtola, arrulla! Canta, paloma!
Habla el lenguaje del ruiseñor!....
Si vieras cómo se alegra mi alma!
Cómo palpita mi corazón....!!!

San Salvador.—1893.

RIMAS.

El azul brilla en los cielos,
 El verde luce en los campos,
 Rueda el perfume en las flores
 Y la dulzura en el cántico.
 Pasan jugando las auras
 Por las copas de los álamos,
 Danzan ardientes las ninfas
 Con los gnomos y los sátiros,
 Llevan luz en las miradas,
 Llevan ternura en los labios;
 Y Cupido va en las frondas
 Con las almas jugueteando....!

* * *

Si pudieran las brisas errantes
 De mi amor recoger las plegarias,
 Y en sus alas sutiles, etéreas,
 Por el cielo amorosas llevarlas;
 Si pudieran llevarse mis sueños
 Y el calor de mi ardiente mirada,
 Y los hondos suspiros que el pecho,
 Ardoroso, frenético, exhala;
 Si pudieran llevarse las penas,
 Las profundas tristezas del alma,
 Los accesos de amor del delirio,
 Los sollozos, las nítidas lágrimas;
 Si pudieran, ¡oh Dios!, si pudieran
 Estas rimas llevarle en sus alas,
 A la púdica virgen que oculta
 La Virtud, el Talento y la Gracia;
 Si al compás de su tenue murmurio
 Con primor al oído le hablaran,
 Y asomara una dulce sonrisa
 En sus labios de rosa y de nácar,
 Yo vería al través de mis sueños
 En mis horas de amor la Esperanza!...

San Salvador, 1893.

MATINAL.

A ARTURO A. AMBROGI.

Juega la brisa en el follaje umbrío,
 Dulce gorjeo la avecilla entona,
 El corzo alegre por la grama trisca
 Como buscando la tupida fronda.

Se oyen chasquidos de excitantes besos
 Que da Favonio á las dormidas hojas,

Y las despierta con su acento dulce,
 Como suspiro arrullador de tórtolas.

Allá en el valle el arroyuelo pasa,
 Sierpe de plata en la dormida sombra,
 Y sus mormullos solitarios se oyen
 Como lejanas gemebundas notas.

Brilla en la cima del adusto monte
 La tibia lumbre de la inmensa antorcha
 Que baña austera con sus linfas de oro
 Valles, verjeles y verdinas lomas.

En el zafireo y luminoso espacio
 Breves deslizan sus divinas formas
 Límpidas brumas. Su perfume escancian
 En el ambiente las silvestres rosas.

Tenues, sutiles, por el aire vagan
 Suaves efluvios de embriagante aroma,
 Y melodías que en sus alas llevan
 Miles de trinos que el amor pregonan.

¡Qué de belleza en el matiz que brilla!
 La grana luce entre las verdes hojas,
 Mucho de cielo en los sutiles pétalos,
 Algo de rubia palidez de aurora.

Y es que, inspirada, vaporosa, tenue,
 Con Primavera apareciste, ¡oh Flora!
 Y aquí tu mano, cincelada y pura
 Regó armonías, de color y aromas!

San Salvador, 1893.

NAVEGANDO.

En el mar infinito del tiempo
 En que flota el bajel de la vida,
 Persiguiendo una fúlgida estela
 Van incautas dos almas sencillas.

Y al mirar que en el seno profundo
 Del océano la ola dormita,
 Rebosantes de amor y de gloria
 Van en breve á arribar á la dicha.

Ven allá su palacio de sueños,
 La rosada ilusión que fascina,
 El jardín donde el pájaro canta,
 Donde el néctar de amor se destila.

Ven allá su palacio de sueños,
 Esa dulce mansión bendecida,
 Donde se oye el rumor de los besos
 Y palpita la ardiente caricia.

Y siguiendo la fúlgida estela
Que conduce á esa tierra bendita,
Van bogando, bogando anhelantes
De llegar á la estancia florida.

Y agitados, ardientes, jadeantes
Se aproximan por fin á la orilla;
Pero el mar furibundo se encrespa
Y naufraga el bajel de la vida.

Ay! las almas sintieron el ansia
De la lánguida tórtola herida!....
Su palacio de sueños, deshecho,
Y perdida la estela divina! ...

San Salvador.—1893.

ASONANCIAS.

No presumas, mi vida, que como antes
Te he de rendir mi corazón sencillito;
Me enseñaste á dudar.... estoy cambiado,
Tu falso amor con mi desdén castigo.

¿Qué vale tu mirada encantadora
Sin el destello del amor divino?
Sin el perfume embriagador que exhala,
Nada valdría en el jardín el lirio.

No me impresiona tu mirar de diosa,
Es bello, es seductor, pero es maligno:
Oculta tras el velo de la gracia
Un cálculo rastrero y corrompido.

Tu boca diminuta y delicada
Es clavel empapado de rocío
Que el hábito implacable de los años
Pronto, muy pronto, dejará marchito.

Tus palabras son flores que en su cáliz
Encierran dulce néctar ambarino,
Que trastorna, que turba, que produce
La embriaguez infinita del delirio.

Tus ojos, grandes, luminosos, bellos,
Formados de lo inmenso del abismo,
Fingen ternura en la mirada fría
O ardiente fuego en su mirar altivo.

Oh! no presumas que mi amor sublime
A unirse llegue con tu amor indigno,
Que audaz el ave que cruzó el espacio
Al cieno impuro descender no quiso.

Ya no te amo, mujer! ya no te adoro:
No es tuyo ya mi corazón de niño:
Yo no quiero el amor dentro de un pecho
Que tiene un verto corazón vacío!

San Salvador, 1893.

CREPUSCULAR.

El oro tibio de sus rayos vierte
Lánguido el Sol, y en el ocaso expira
Entre las blondas del brillante nácar,
Tenues celajes que la luz matiza.

Las tiernas aves su cantar preludian.
Concierto dulce de celestes liras,
Notas sublimes que en la brisa ruedan,
Mágicas voces de gargantas rítmicas.

Amor que ardiente en el arrullo vaga,
Tiernos suspiros, confidencias íntimas,
Arpegios dulces de ardorosos besos,
Rumor que llevan con placer las brisas.

Mas ya la noche misteriosa avanza,
Triste se asoma á la arboleda umbría,
Con lento paso vacilante llega.....
Ya las estrellas titilantes brillan.

A su presencia la avecilla teme,
Busca el alerce donde está su dicha:
La verde rama que cobija el nido
Donde el arrullo musical dormita.

Todo es silencio en la apartada selva,
Todo es tristeza en la feraz campiña,
Ni el cierzo gime, ni su verde luce
La fresca rama donde el ave anida.

Dulce rocío de los cielos cae
En la hoja tenue, y al caer oscila
Como la estrella que en la azul esfera
Derrama el brillo de su luz divina.

El velo inmenso de las sombras cubre
La vaga y débil claridad del día,
Las verdes hojas recogidas duermen
Y presa el hombre del dolor vacila.

Oh, Dios Eterno! ¿qué misterio encierra
La negra noche, la tiniebla fría,
Que en la honda pena del dolor sumerge
Al alma pura que á tu amor aspira?

Algo de grande ese misterio oculta,

Algo hay sublime en tan sagrado enigma;
 Por eso, absorta, en la tiniebla, el alma,
 Sufre, ¡por eso ese dolor contrista...!

San Salvador, 1893.

TARJETAS.

Carmen Gomar.

I

Es de ella el talante gentil de la diosa,
 La casta blancura del tierno jazmín;
 Tiene algo del tinte sutil de la rosa,
 Del suave perfume que exhala el jardín.

II

C. M.

Casta con la pureza de las vírgenes,
 Suave como la brisa matinal,
 Tierna como el arrullo de la tórtola,
 Como el ritmo de un canto celestial,

Es la virgen sutil y vaporosa,
 La hija de Minerva Angelical,
 La perla de los sueños juveniles
 La estrella del talento y la humildad.

III

A una artista.

Deja que libre vague tu mano
 Por el bruído marfil del piano:
 Quiero ese suave ritmo escuchar.
 Que de él emane la sinfonía,
 Con el arrullo, la melodía
 Del prado en la hora crepuscular.

Deja que suave biera tu mano,
 El bello, puro marfil del piano:
 Gima la nota sentimental;
 Y que la brisa murmuradora
 Lleve en sus alas la gemidora
 Nota divina y angelical.

IIII

Natalicio.

Dijo Dios: "Nazcan las flores
 Y engalanen el pensil;
 Y que floten mil vapores
 De perfumes y de amores
 En las tardes del abril."

Y á esa voz encantadora,
 En sublime beatitud
 Tenue, pura, luce Flora
 Algo trae que enamora
 De perfume y de virtud!....

Ya su mano suave brilla,
 Riega esencia en el color,
 Y en tí deja, oh! Florecilla,
 Casta rosa sin mancilla
 El aroma del candor! ...

ALISIA.

Alisia, tierna niña, tu dulce canto
 La magia de tu acento puro, divino,
 Es effuvio que aroma tu triste llanto,
 Luz que irradia la estrella de tu destino.

Tu palabra sencilla, casta, hechicera,
 Es brisa que perfuma tu alma intranquila.
 Es como aura que gime por la pradera,
 Como pálida estrella que arde y titila.

Tu acento es el acento de ave que deja
 Su nido lisonjero que dora el día,
 Es como una doliente lánguida queja,
 Como oleada de dulce melancolía.

Cuando en la lira triste y arrobadora
 Tu mano delicada de virgen rueda,
 Surge la nota ardiente, conmovedora,
 Que célico murmullo de amor remeda.

Cuando Flora, inspirada, de amor inquieta,
 Derramó en los jardines su casto aroma,
 Vertió Apolo en el cáliz de una violeta
 El arrullo embriagante de la paloma.

La violeta es emblema que sintetiza
 La virtud y el aroma, niña modesta,
 Tú tienes un perfume que diviniza,
 La dulzura del ritmo de la floresta!

San Salvador, 1893.

LO QUE YO QUIERO.

PARA UN ÁLBUM.

Yo deseo muchas cosas
Para un álbum delicado:
El aliento perfumado
De los lirios y las rosas.

Una endecha arrobadora
Que en su rima limpia y clara,
Con primor reverberara
Los celajes de la aurora.

El matiz que la pradera
En las tardes luce ufana,
El fulgor de una mañana
De la ardiente primavera.

Yo quisiera unos zafiros
Puros, bellos, rutilantes....
Una lluvia de diamantes,
Un concierto de suspiros.

El dulcísimo murmullo
De las auras vespertinas,
El fulgor de las colinas,
La ternura del arrullo.

Suave esencia de las flores,
Luz divina, luz de cielo,
Rumor leve de arroyuelo
Y trinar de ruiseñores.

Del cantar de la paloma
La ardorosa melodía,
Y en la nota que extasía
La plegaria del aroma....

La blancura del armiño,
La blancura que destella;
Y fulgurando la estrella
Sacrosanta del cariño.

LETRILLA.

[INÉDITA.]

Cuando Febo refulgente
Con su moribundo rayo,
¡Adiós! dice en Occidente,
Débil, sin fuerza, en desmayo,

Honda tristeza, melancolía,
Siente ay! entonces el alma mía.

Y cuando ostenta natura,
De sus galas el portento,
Y avanza la noche obscura
Con su paso tardo, lento,
Honda tristeza, melancolía,
Siente ay! entonces el alma mía.

Cuando cubre obscuro velo
Y se oyen tristes querellas,
Y aparecen en el cielo
Titilantes las estrellas,
Honda tristeza, melancolía,
Siente ay! entonces el alma mía!

Cuando la tranquila palma
Duerme su sueño profundo,
Cuando en todo reina calma,
Cuando silencio está el mundo,
Honda tristeza, melancolía
Siente ay! entonces el alma mía!

UN CONSEJO.

EN EL NATALICIO DE MI HERMANA NILA.

[INÉDITO.]

No haya en mis ojos más llanto,
Haya en mi pecho alegría,
Que adiós me diga el quebranto,
Dígame adiós, y entre tanto
Quiero cantarte este día.

Diez y ocho veces, hermana,
Del sol al brillante rayo
Con placer has visto ufana
Cómo la tarde engalana
El treinta y uno de mayo.

Diez y ocho veces, de flores
Se ha cubierto la arboleda;
Y entre sus suaves olores,
De los tiernos ruiseñores
Su canto has oído leda.

Petronila, ya á la aurora
De la vida tú has llegado;
Todo á esta edad enamora:
Rosado ya ves ahora
Lo que pálido has mirado.

Todo es alegre y risueño
En esa edad tan florida;
Parece más bien un sueño,

Que mostrándose halagüeño
Viene á endulzarnos la vida.

—
Y en medio de esa dulzura
Del placer embriagador,
Tras cortina verde obscura
El cáliz de la amargura
Nos oculta ay! el amor!

—
Nunca él halle su morada
En tu tierno corazón;
Que la vida afortunada
La hace ¡pímpio! desgraciada,
Y el placer cambia en dolor.

—
Ya antes dicho te lo dejo,
En prueba de mi cariño
Te doy, Nila, ese consejo;
Que aunque en años no soy viejo
De experiencia no soy niño.

—
Tómalo y en este día
Tan feliz de tu natal
Llena tu alma de alegría,
Como llena está la mía
¡Un abrazo fraternal!

EN LA DESGRACIA.

(INÉDITA)

A mi hermano Felix Manuel.

—
Hermano! cuando la suerte
Sin piedad ay! nos condena
A tener el alma llena
De infortunio y de dolor;
Y vamos como unos náufragos
En mar de insondable duelo,
Y no hallamos un consuelo,
Y no hallamos un favor.....

—
Entonces sólo la madre,
Modelo de la ternura,
Comparte nuestra amargura
En este mundo crüel.
Ella siente nuestras penas,
Ella nuestros sufrimientos,
Ella nuestros sentimientos,
Ella es nuestra amiga fiel.

—
Su amor es grande, es inmenso,
¡Sólo Dios nos ama tanto!
Es lo más puro y más santo
Que en la tierra puede haber.
Es un suspiro profundo

Exhalado del Eterno;
Es el cariño más tierno
Que Dios puso en la mujer.

—
La madre! para nosotros
Es placer, es alegría,
Es virtud, amor, poesía,
Es belleza sin igual.
La madre! guarda en el pecho
Un gran caudal de ternura,
Del cariño la dulzura,
¡Guarda el amor maternal....

—
Desgraciado el que no tiene
Aquesta mujer querida!
Desgraciado el que en su vida
No conocióla jamás!
Siquiera aquél gozar pudo
De la dicha verdadera:
La desgracia en éste impera
Y en él siempre imperará.

—
Nosotros ay! caro hermano,
Perdimos á nuestra madre;
Pero aun tenemos un padre
Que alivia nuestro sufrir.
Aun podemos todavía
Disfrutar de dulce calma,
Aun se nutre nuestra alma
Con su ejemplo y bien decir.

—
Aun podemos, caro hermano.
Beber amor en su pecho,
Aun se encuentra satisfecho,
Todavía el corazón;
Aun hallamos de este mundo
En la desgracia un abrigo,
Aun tenemos un amigo
Un consuelo en la aflicción

—
Ya que quitar de esta vida
Implacable quiso el hado,
A nuestro ser más amado,
A nuestra madre sin par,
Amemos á nuestro padre
Con el amor más profundo,
Como nadie amó en el mundo,
Como á él se debe amar.

CANTA!

(INÉDITA)

(A mi hermana Juanita.)

I

Vamos, Juanita, cántame algo bueno,
Algo de eso que alegra el corazón,

De eso que encierra enjambres de placeres,
Que hace tímido huir al cruel dolor.

Canta, Juanita: mi alma melancólica
No halla un alivio á su dolor sin fin;
Canta, mi vida, que si no lo ha ha llado
Se lo dará tu cántico infantil.

II

Canta, Juanita,
Querida hermana,
Tu dulce canto
Me alegre el alma.
La voz meliflua
De tu garganta,
Pronto á los aires
Gustosa lanza;
Que oiga canciones,
Himnos, cantatas
Un pobre iluso
Sin esperanzas....
Todas sus penas
Vea calmadas.....
¡Canta, mi vida,
¡Juanita, canta!

RIMA.

(A mi hermana Juanita.)

Estás apenas de la triste vida
En la segunda edad;
Tú no sabes, hermana de mi alma,
No sabes qué es amar

No sabes qué es sentir aquí en el pecho
Un torcedor cruel;
No sabes qué es perder la dulce calma;
Ver perdido el placer....

Apenas ven de la niñez los ojos
Lo rosado y lo azul;
Pero lo obscuro, tenebroso, negro..
Lo ve la juventud!

DE AMORES.

Cuando del sol al moribundo lampo
Ufanos lucen su esplendor las flores,
Y es todo vida animadora el campo,
Y canta el ave rebotando amores,

Cuando en la brisa, que perfumes lleva,
Rueda el arrullo que estremece el nido,
Mi alma sensible, espiritual se eleva.
Ayes exhala el corazón herido.

Es que su imagen, pudorosa y bella,
Pálida vuelve á la memoria fría,
Es que la misma luminosa estrella
Su lumbre triste vacilante envía.

Ah! de las tardes del amor pasado!
Tiernos suspiros, lánguidas canciones!
El dulce vaso del placer volcado,
Risas alegres, muertas ilusiones!

1893.

INSOMNIO.

Y pude en sus ojos leer que me amaba!
Su tierna mirada de amor y de luz.
Llegó á lo profundo, lo inmenso del alma.

Después, por un mundo de sueño, vagaba;
Sonámbulo triste, llegué á lo infinito.
Errante viajero!

¿Qué buscas? decían con horrible grito
Las rápidas aves del límpido azul.
Y trémulo y triste, yo busco, yo quiero.....
Les dije llorando, y un ay! lastimero.
Lanzó estremecido mi pobre laúd!...

Ay alma de mi alma! Tal vez yo buscaba
Un dulce, embriagante mendrugo de amor;
El suave, sublime latido de un pecho..
¡Quizá un corazón!....

Desahogo.

[INÉDITO.]

[Una carta á....]

Ya ha pasado, mi bien, cerca de un año,
Cerca de un año que te ví, te amé;
Y sintiendo terrible un desengaño,
Mejor silencio sepulcral guardé.

Ya no pude callar, ya no podía
A solas y en silencio padecer;
Perdona, niña, la franqueza mía,
Mi atrevimiento imperdonable es.

Te ví una vez, mi corazón de niño
De un grande gozo palpar sentí;
Y desde entonces todo mi cariño
Y toda el alma, el corazón te dí.

Ay! que de entonces del dolor la espada
Aquí en el pecho mi destino hundió...
Que desde entonces mi alma enamorada
En mundo de delirios se agitó.

Desde ese día para mí no hay calma,
Inquieto siempre por doquiera estoy;
Me duele tanto el corazón y el alma...
Ay! desgraciado, desgraciado soy!

Tú nunca serás mía, mi adorada,
Tú nunca, nunca me podrás amar!
Indigno soy de tí, no valgo nada,
Que es un arroyo para el ancho mar?

¿Por qué te ví, mi bien? ¿por qué el destino
Hizo conmigo tal ingratitud?
Por qué en mi pecho á colocarse vino
El amor á amargar mi juventud?

El destino, ay, ingrato, que te ame
Implacable me ordena sin cesar,
A que por tí mis lágrimas derrame
Y amar así... es suplicio... ¡no es amar!

ANTE UNA TUMBA.

I

Expira maci ento el áureo nimbo
Al lánguido suspiro de la tarde,
El graznido agorero de los buhos
Se escapa de los árboles.
Polimnia melancólica suspira,
Se desliza en la sombra de los valles;
Piensa en el ritmo alado
De los bellos cantares
Que trémulas de amor y de ternura
Entonaron las aves
En el lecho nupcial de los amores,
Al suspirar doliente de la tarde.

Piensa en el leve arrullo,
Tímido, sollozante,
Que la cándida tórtola
Exhala enamorada en el follaje.
En las flores marchitas,
En las hojas que caen,
En el poívo sutil de los aromas
Y en el néctar divino de los cálices,

En el aura que gime,
En el viento que estalla de coraje,
Y en las dulces plegarias
Que ruedan de unos labios vacilantes.

Gime, suspira, llora:
De las cuerdas de su arpa sollozante
Se escapa la dulzura de un concierto,
Cadencia melancólica del Arte,
Gime, llora... y sus lágrimas
Son las nítidas lágrimas de un ángel;
Y palpita en la nota de su acento
El ritmo gemebundo de los mares.

Polimnia! ¿qué has mirado?
¿Por qué se ha entristecido tu semblante?
¿Por qué rápida huyó de tus mejillas
La tenue vaguedad de los celajes?
¿Por qué fijas tus lánguidas pupilas
En la sombra intranquila de los valles?
¿Por qué vacila tu mirar de musa
Y son como querellas tus cantares?

Es que el ángel sombrío del misterio
Ya descende en el átomo impalpable
Y vaga en las tinieblas
Alma pálida, imagen
Que se cierne en las ondas del olvido
Como el ave gentil en el follaje.
Es que Atr. pos dirije
Su guadaña implacable
Al lecho en que vacila
La virgen de los célicos cantares!
Ah! y haz oído el postrimer suspiro
Escapado de su alma sollozante!
Has oído esas notas cristalinas,
Concierto de plegarias celestiales!....

II

Y murió ---! ya su mano delicada
No hará vibrar las cuerdas de la lira!
Ya no oiremos el lánguido murmurio
De las hojas que juegan con las brisas!
Ya no oiremos la nota perfumada
De su divina y embriagante citara;
Las dulces confidencias de las flores
Y el rodar de las aguas cristalinas!

Ya no escansian las rosas
Su perfume en el aura que vacila,
Y la cándida tórtola no arrulla,
Ni derrama el turpial sus melodías...!
Todo á su muerte llora,
Y solloza y suspira...!
Qué pálido el matiz de la floresta!
Ya no hay cantos de amor en la campiña!

Y murió.... Ya su álma,
 Casto emblema de cética poesía,
 Suspiro leve en espiral de incienso,
 Subió radiante á la Mansión divina
 ¡Oh Muerte, oh Parca, oh Diosa
 Implacable y sombría
 Que empujas la existencia
 A la profunda sima
 Del olvido! ¿Qué hiciste de la virgen,
 La tierna y melancólica poetisa?
 Ay! la hiciste verter junto á la tumba
 "El rocío mas dulce de la vida,"
 Y la plegaria de sus dulces notas
 Vaga flotando en las errantes brisas.
 Mas nada importa! Que aunque el hombre muera
El Genio nace al resplandor del día!

ELEGIA.

Y llegaste á la tumba!
 A la puerta sombría del abismo!
 De el polvo miserable
 Se mezcla con el limo,
 Do el alma se conturba
 Y el pecho siente frío,
 Do el ángel pensativo del misterio.
 Señala con su dedo el infinito.

Allí, . . . allí, do todo
 Fenece: la zozobra del mendigo,
 El renombre y la gloria,
 La amistad y el cariño.
 Donde la fe renace,
 Y de su luz al sacrosanto brillo
 Escepticismo expira
 Inerme, vacilante, confundido!

Fatigada viajera, ya buscabas
 El refrescante asilo
 Que da vigor á los cansados miembros,
 Y á las penas alivio.
 Y llegaste á un lugar donde una puerta
 Cerraba el infinito;
 Y con tu mano trémula tocaste.
 Se abrió... y entonces retendió el abismo!
 Quisiste penetrar y vacilabas:
 Un recuerdo tristísimo
 Te traspasaba el corazón; llorando,
 En el mundo dejabas á tus hijos!
 "Ah! cuánto sufrimiento,
 ¡Cuánto dolor...! Dios mío!"
 Dijiste, mientras el genio de las tumbas
 Impasible y fatídico,
 La misteriosa puerta
 Cerraba pensativo....!

Y partiste... y volaste hacia otros mundos;
 Y dejaste el hogar triste y sombrío,
 Gimiendo solitarios
 Gimiendo de dolor tus tiernos hijos.
 Qué, no oyes sus plegarias,
 Sus locos arrebatos, sus delirios?
 Suspirando te dicen: "Tierna madre!
 Tórtola amante abandonaste el nido!
 Por qué nos has dejado
 Herida el alma, el corazón marchito,
 Sufriendo la nostalgia
 Profunda de tu férvido cariño?
 Oh cándida paloma,
 Oh luz del corazón, ¿por qué te has ido?
 ¿Por qué el hogar que perfumó los sueños
 Inocentes y puros de tus hijos.
 Ha de abrigar ahora
 La sombra y la tristeza y el vacío?
 Oh, vuélvete á nosotros,
 Tórtola, vuelvé á calentar tu nido!"—

Y ¿no oyes sus lamentos,
 Ni escuchas sus gemidos?
 Nunca hablaste el idioma de los ángeles.
 El idioma de amor de los suspiros?
 ¿Nunca oíste la frase de una lágrima?

Oh, sí! Te has conmovido... ;
 Pero el barro no habla
 Y tú... ya eres espíritu.

Cantabas el idioma de los cielos;
 Eras ángel, viniste del Empíreo,
 Cruzaste por el mundo
 Y te fuiste después al infinito.

Ahí están tus despojos
 En el antro sombrío...
 ¡Despojos miserables y livianos!
 Cuán presto han descendido
 Para servir de pasto
 A ese gusano indigno....!

Bella flor de perfumes celestiales,
 Oh refulgente lirio!
 Oh ráfaga de amor de los espacios,
 Que vives en el mundo del espíritu!
 Tu mansión no es el polvo,
 Tu mansión está allá en el paraíso.

Y eres feliz...! Y en tanto
 El dolor hiere el alma de tus hijos..
 No los ves? ¡pobres parias,
 Demacrados, marchitos,
 Van mojado la tierra con sus lágrimas,
 Trémulos, solitarios, abatidos!
 Oh! Vuelve, tierna madre,
 Tus ojos hacia el mundo de los vivos

Y mira cómo vagan
Solitarios buscándote tus hijos! !

Noviembre de 1893.

EN MI LIBRO.

Yo tengo un libro grande
Ea donde escribo siempre de mi vida,
Los profundos dolores de que he sido
Pobre infeliz y miserable víctima.

En donde vierte el alma
El llanto que ocasionan las desdichas
Y deposita el corazón la sangre,
Que brota acaso de insondable herida

En donde en otro tiempo,
Temblando de placer la mano mía,
Dejó indelebles y halagüeñas cosas
Que son ahora mis memorias íntimas.

En él he hallado el nombre
De una virtuosa madre de familia,
Que después de sufrir crueles desgracias,
Llegó de Dios á la mansión divina.

¡Oh mi querida madre!
¡Cómo ha corrido el llanto en mis mejillas!
Al ver tu nombre escrito en este libro,
Y al recordar felices otros días!

Des que tú me dejaste,
En mundos de dolor mi alma se ajita;
Y ya impaciente de sufrir cansado,
La mísera existencia me fastidia.

¡Ay! calma de tu hijo
Las penas que le da desgracia impía:
Diríjele amorosa desde el cielo
Una mirada tierna, compasiva.

1890

A A.

Tú, pálida mujer, llevas henchida
El alma de halagüeñas ilusiones?
No pruebas la amargura de la vida,
No sientas el ardor de las pasiones.

Oye: no apures el licor del llanto
Porque él enfría el corazón ardiente;
Y que te abrigue el luminoso manto,
De la virtud, oh virgen inocente.

1893

VERSOS.

¡Qué de matices hay en el campo!
¡Qué de colores en el jardín!
Qué de bellezas hay en el lampo
Que riega brillos en el jazmín!

El sol derrama su luz divina
Ardiente alumbrando con su esplendor
La verde cresta de la colina,
La oscura fronda del labrador.

Allá en el valle la sombra anida
Cubre las flores del manantial:
Es la ignorancia sombra en la vida,
Cubre á la Ciencia, ¡Flor celestial!

La ciencia es rosa que Dios perfuma,
La oculta negro triste eapuz,
Y es blanca, blanca como la espuma,
Y lanza rayos como la luz!....

1893

QUEJAS.

¡Oyes, mi bien, las quejas misteriosas
Los ayes delirantes de las rosas,
Los suspiros del aura matinal?
Del arrayuelo el sin igual murmullo,
El melódico acento del arrullo,
El cántico melífluo del turpial?

Oyes qué dice la fulgente estrella
A la púdica virgen que destella
El brillo sacrosanto del amor?
Y la luz soñolienta de la luna
A la ninfa que juega en la laguna
Con férvido entusiasmo arrobador?

Esos ayes son ecos de mis quejas,
Son el leve zumbido de las abejas
Que se llevan la miel de mi ilusión;
Esa luz, esa luz de la esperanza,
Es el tenue fulgor de lontananza
Que ilumina á mi pobre corazón.

Ese ritmo de acento delirante,
Es el ay! de mi pecho palpitante
Es el ritmo de amor de mi laúd;
El suspiro del aura, yo lo envío,
Yo lo exhalo en mi loco desvarío....
Es el ay! de mi ardiente juventud!

1895

VENI!

Oh! ninfa solitaria
De inconocibles bosques,
Oh! pálida visión, púdica virgen,
Ardiente con el fuego de otros soles;
Olvida la ventura
Del follaje y la nieve de los montes,
Abandona tus vastas soledades
Y ven aquí donde el amor se esconde.

Aquí hay leves murmurios
De brisas en que vagan los acordes,
Juguetonas y alegres
Cual vívidos zenzontles,
Que saltan en la fronda
Lozana y atrayente de tus bosques;
Oh Reina encantadora de las selvas
Ven á escuchar los mágicos acordes!

La áurea luz de la tarde
Entibia el horizonte;
De los cálices brotan
Efúvios de perfumes; mil canciones,
Mil trinos, mil gorgoros,
Huyendo la tristeza de tus montes,
Suspiran en los pórticos lucientes,
El aria celestial de los amores.
Oh virgen melancólica
Oh maga de los bosques,
Oh Venus palpitante de las selvas
Ven á escuchar los mágicos acordes!

La virgen de los sueños,
Nimbada de fulgentes resplandores,
Disipa y desvanece
Las heladas tinieblas de la noche.
¿No ves? Trae suspiros
Impregnados de dulces ilusiones,
Miel hiblea en los labios
Y letras de áurea luz para tu nombre.
¡Oh Bella Solitaria!
Oh ninfa! oh dulce reina de las flores,
Oh estrella del color y del perfume,
Divina pasionaria de los dioses,
Oh Venus de las selvas,
Ven á llenarme el alma de ilusiones!

1894.

ECOS.

Oh! Eros si pudiera
Estar al lado de mi dulce niña,
Para avivar la luz de mi esperanza
En el casto fulgor de sus pupilas!

Para admirar idólatra
Su frente de ilusiones pensativa;
E inundarme en la luz arrobadora
Del iris celestial de sus sonrisas;

Para escuchar el suave
Preludio de sus frases cristalinas:
Romanza espiritual de la ternura,
Melancólico acento de la rima!

Para estrechar sus manos,
Para besar sus pálidas mejillas!
Para sentir mi corazón ardiente,
Palpitante de gozo y de alegría.

Oh! luz de mi esperanza!
Oh silfo espiritual de mis delicias!
Oh púdica visión de mis ensueños!
Oh alma de mi amor. . . .

¡Cuánto daría
Por estar á tu lado
Contemplando tus formas vetusinas:
Inundado mi pecho de suspiros
Y el alma de ilusiones, vida mía!

Tú, dándome el amor en tus miradas,
Yo dándote el amor en mis caricias!
Tú hablándome el lenguaje de las vírgenes;
Yo hablándote el lenguaje de las rimas!.....

Junio—1894.

CONSUELO.

¡Oh, que triste la tarde! en este día
Se agitan en mi mente soñadora
Mil mundos de delirios, la alma mía
Recuerda aquella niña encantadora;
Y llena de letal melancolía
Del pasado placer suspira y llora:
Que suspiros y lágrimas, consuelo
Del alma son que nos bajó del cielo!

8 de abril de 1891

SEMEJANZAS.

I

Así como la rosa que abrasada
 Por el ardiente y rubicundo Febo,
 Va con primor abriendo su corola
 Para mostrar su cáliz y sus pétalos,
 Ella, abrasada por la llama ardiente
 De dulce devaneo,
 Abrió su corazón para mostrarme
 Qué de bello y sublime había dentro!

II

Así como la rosa se marchita
 Y al sople de los céfiros
 Se despoja sus bellos atavíos,
 Y se queda desnuda, un esqueleto,
 Ella, la niña que me amara tanto,
 Insensible cambió sus pensamientos,
 Y al sople infecto de los miasmas pútridas
 Que salieran del cieno,
 Despreció lo sublime y lo divino,
 Ornato de su pecho;
 Y el tierno corazón, urna de amores,
 Miserable! dejó sombrío y hueco..!

5 de mayo de 1891.

SONETO.

Ella, la niña de los negros ojos,
 Visión sublime que mi mente halaga,
 En mis ensueños pudorosa vaga
 Y el coral muestra de sus labios rojos.

Yo, que no quiero ocasionarla enojos,
 Del pecho oculto la amorosa llaga,
 Y triste veo que mi suerte aciaga
 Mis lindas flores cambiará en abrojos.

Si llego de ella á su presencia, siento
 En el fondo de mi alma enamorada,
 Todo un mundo bullir de sentimiento,

Y me confundo... y la insensible hada,
 Que de mi amor ignora el sufrimiento,
 Deja escapar burlona carcajada.....

RIMAS.

I

Formó tu tez el ampo de la nieve,
 Tus ojos el finísimo azabache,
 Tus labios el coral; quiso la palma
 Darte gustosa su elegante talle.
 Las flores te cedieron sus aromas,
 La tórtola te dió su arrullo suave,
 Las aves sus gorjeos, y yo... sólo
 El corazón que, ingrata, despreciaste..

II

Salían las palabras de mis labios,
 Las lágrimas brotaban de sus ojos;
 Ella pudo llorar á mi presencia,
 Y yo..... lloré yo solo!
 Vino después un nuevo personaje
 Y conquistó su corazón beodo.
 El ríe á carcajadas, ella llora,
 Y yo... no dejo de llorar tampoco!

III

Al cruzar aquella esquira
 Y ver que la niña pálida
 Al mirarme sonreía,
 Y en muy queda voz hablaba,
 En lugar de darme prisa,
 Quedé inmóvil como estatua.
 ¿Qué fue de mí ante la niña?
 —Que se prosternaba el alma!

IV

He soñado y o anoche un imposible:
 Palpitante de gozo estaba el pecho;
 Que así como yo la amo ella me amaba,
 Que con ella vivía allá en el cielo,
 Que, henchidos de placer, todos los ángeles
 Entonaban, sublimes, mil conciertos,
 Que el Eterno al mirarnos sonreía
 Y.... que nos daba un beso...!

V

Cuántas veces pasé por esa calle
 Y miré al interior de aquella sala,
 Y creí descubrirla como entonces,
 Y no vinada:
 Y el corazón, convulso, quiso ansioso
 Descubrir el lugar en donde estaba,
 Y... decepción sublime! pude verla
 En el fondo de mi alma!

VI

Hoy he logrado verla: soy dichoso,
 El corazón rebosa de alegría;
 Pero ¡Dios mío! veo en su semblante
 No sé qué de letal melancolía.

Qué tendrá? me revela esa mirada
Algo que el labio á pronunciar se niega.
Que me ama, que me adora...ah no! imposible!
Si ya este amor hasta el delirio llega!

VII

Una visión sublime me visita;
Latiendo al corazón sonríe el alma,
Perfumes trae á mis ensueños de oro,
Delirante me besa.....es la esperanza.

VIII

De aquella verde colina
Se escapan susurros vagos;
Es que Favonio en los árboles
Se está alegre balanceando;
Allá en el fondo del pecho,
Mi corazón lacerado
También tiene sus murmurios,
Y también los tiene el labio;
Es que sublime Cupido
Besándome está en sus brazos
Es que la niña es muy bella,
Es ... que yo la amo....!

IX

Por presentarme á la modesta niña,
Un compañero mío me ha llamado:
Ella está allí esperando que yo llegue,
Yo á su presencia llevo aunque temblando....

Sé ya cual es su nombre, ya he sentido
La suavidad de su sedena mano,
Y del panal las delicadas mieles,
No tienen el dulzor de sus vocablos.

Al través de sus ojos qué de cosas
Descubro que sus labios me han callado,
Y que en el mundo inmenso de los sueños
En tropel infinito están flotando ...

Entre tanto el silencio es el lenguaje
Más dulce y más sublime en que yo le hablo,
Que extasiada mi alma en él expresa
Idilios que medroso calla el labio.

Mas muy veloz el tiempo ha trascurrido
Y acabar la visita es necesario.
Le digo adiós á la modesta niña
Y me retiro, el alma sollozando ...

X

No la he visto, ya estoy desesperado.
¿Qué se haría la niña de ojos negros?
¿Qué se haría el consuelo de mi alma,
La sublime visión de mis ensueños?
No es amor el que siento, es un delirio,
Estalla el corazón aquí en el pecho;
Ay! y no vería!...y adorarla tanto!...
Infeliz! y no muero.....

XI

Por su virtud y modestia
La idolatro y la venero,
Por ella suspira mi alma,
Por ella laté mi pecho.
Y sólo por ella vivo,
Y sólo por ella muero:
Y ella, la niña, aun ignora
Esta pasión, este fuego.

XII

Qué de cosas en el alma,
Qué de cosas en el pecho!
Cómo flotan en desorden
En el mundo de los sueños!
Oh! qué sublime la imagen
Que me visita en el lecho,
Qué dulces son sus abrazos
Y qué dulces son sus besos.
Qué delicados perfiles,
Y qué perfumado aliento!
Oh! qué dulce, qué sublime
Es el mundo de los sueños!

XIII

Me ha dicho que no me ama, y sin embargo
Sorprendo en sus miradas el amor;
¿Quién supiera los dulcisos secretos
Que se albergan allá en su corazón!

XIV

No es la tez, ampo de nieve,
No es la pupila de cielo,
Ni la mejilla rosada,
Ni lo rubio del cabello,
Ni los labios que envidiosos
Al rojo coral han puesto,
Ni su perfil delicado,
Ni el turgente, ebúrneo seno,
Ni la mirada imponente,
Ni lo esbelto de su cuerpo,
Lo que yo admiro en mi niña,
En el ángel de mis sueños;
Es la humildad, la modestia,
La virtud....que es don del cielo!

XV

¿Qué de veces mirándome en sus ojos
Como la noche, negros,
Intenté confesarle que la amaba
Y medroso mi labio estaba trémulo....!

XVI

Si supiera los suspiros
Que se escapan de mi alma,
Qué dichoso, qué dichoso!
Ya tendría una esperanza.....

—
Ella tal vez sonreiría

Al ver mi desdicha tánta,
Y amable compadeciéndome
Calmaría mis desgracias

XVII

Es nada más su amigo, y sin embargo
En qué estará, Diós mío,
Que al verlos juntos, con cariño hablarse,
Siento en el alma así como fastidio...?

XVIII

Pasan fugaces las horas
Cuando á su lado me hallo:
Ah! qué vez entre la dicha
A prolongarse llegaron?

Creo siglos los minutos
Y ya estoy desesperado,
Si en los ojos de mi niña
No me estoy, feliz, mirando.

Ah ¡qué vez en la desgracia
Las horas no se alargaron?
Y que vez, que vez Dios mío?,
Lo muy dulce no fue amargo?

XIX

Quién dijera que esos ojos
Que cual la noche, son negros
Revelan en sus miradas
Dulcísimos pensamientos!

Quién dijera, quién dijera
Que ese mirar tan modesto
Me hace exhalar mil suspiros
Hijos del amor más tierno!

XX

Ah! cuántas veces intenté olvidarla
Y su imagen borrar de mi memoria;
El corazón convulso dentro el pecho
Cruel dolor presentía y pena honda...

XXI

Nada tengo, dulce niña,
Que ofrecerte, nada tengo,
Sólo un alma delicada
Y un corazón fiel y tierno.

XXII

Ah, si la causa supiera,
Por qué mi alma solloza,
Quizá en paz me dejarían
Los dolores que me agobian....

XXIII

Ah de algo está mi corazón sediento,
Se alberga en mi alma sin igual dolor,
Allá en el fondo de mi pecho siento
No sé que mundos palpar de amor.

XXIV

Estaba aquella noche
Meditabundo y triste;
Y pensaba en la niña de ojos negros,
Linda morena, pudorosa virgen.

Y pensaba en la suerte,
Que ingrata nos divide;
Y pensaba en los besos de sus labios
Y en los suspiros que el amor bendice.

Y en mi alma de icada
Y en mi pecho sensible,
La amargura sentí del desengaño,
Y mis penas burlé, sarcasmo horrible!

XXV

Los secretos que oculta mi alma
Nunca, niña, pudiste, saber:
No tenías ternura en el pecho,
Ni supiste mi amor comprender.

XXVI

Una rima dije anoche,
Una rima para ella;
Y tomé la pluma, pero.....
Ay! niña, no pude hacerla

Yo pensando en los suspiros,
Y sollozos y querellas,
Dije, "por fin, vida mía"
Ya tu rima ya está hecha.

Que suspiros y sonrisas,
Que sollozos y querellas,
Si son hijos del amor
Son rimas, idilios élogos.....

XXVII

Profundo hastío me destroza el alma,
Hondos suspiros de dolor exhalo:
Ah! qué tristes es la vida entre las penas
Sin el consuelo que nos presta el llanto!

XXVIII

Cuando juega en tus labios la sonrisa
Siento en el alma sin igual placer;
Y cuando veo fría tu mirada,
Tan grande es mi dolor y tan cruel
Que sin embargo, de que soy tan joven,
Ya he creído que empiezo á envejecer.

Y cómo no! si el hielo de tu alma
Quiere aterirme el corazón, mi bien;
Si siento en lo interior la lucha horrible
Del vil desprecio y la pasión cruel,
El combate del fuego y de la nieve!
Cómo horrible mi pena no ha de ser!

INTIMAS.

(ÚLTIMOS VERSOS.)

Husmeando en las tinieblas,
Tanteando entre las sombras,
Te he buscado llorando por el mundo
Y sólo te he encontrado en mi memoria.

Han turbado mis pasos
La soledad de los desiertos; sorda
Ha vibrado la voz de mi plegaria
Y el símùn ha arrastrado mis congojas.

Oh padre! aun no he podido
Disipar la tristeza que me agobia,
Y es mi melancolía más profunda,
Mi tristeza más honda.

Y en mi ansia de encontrarte
Y de oír las palabras de tu boca,
Hellegado, buscándote, á las selvas,
Y han volado, espantadas, las alondras.

Siento vacilaciones en mi espíritu,
Inquietudes en mi alma candorosa,
Cuando el silencio de la noche viene
Y me habla de tu historia.

Ay! mi alma agoniza!
Mi corazón se turba y se acongoja!
No hay insienso divino que me aliente,
No hay bálsamo que cure mis zozobras!

Esta amarga tristeza,
Esta nostalgia inmensa, abrumadora,
Me tiene vacilando
Entre la luz y la espantable sombra.

Jadeante de locura
En esta noche lóbrega,
De pie, á la orilla del terrible oceano
De la duda, mi espíritu se engolfa.

Y parto en mi barquilla,
Bogando entre las sombras,
En los revueltos mares, azotado
Por la furia terrible de las trombas.

Preguntando á las náyades tu nombre;
Si te han visto pasar bajo las ondas.
Si les has dicho que en el mundo dejas
Ay! unos hijos que tu ausencia lloran!

Y todo, todo es vano;
Las náyades sutiles me atolondran,
Y sigo transitando por los mares,
Luchando con la furia de las olas.

Expuesto á la intemperie,
En una de esas noches tempestuosas,
Juguete de las aguas,
Vuelvo á la orilla en mi pequeña góndola.

Y desde allí he mirado
Un resplandor de antorchas,
Algo como vivísimo reflejo,
Como un precioso resplandor de aurora.

Y á nuestro hogar humilde,
He vuelto mis pupilas melancólicas,
É iluminado por ese áureo brillo
He llegado al lugar de mis memorias.

Y hallé, á la puerta, un ángel
Bendiciendo ese templo de la honra;
Dentro, tus pobres hijos, de rodillas,
Modulando tu nombre..... Y una diosa,
Un hada celestial, de blancas flores
Rebosantes de plácidos aromas,
Radiante de placer tegiendo palmas
Y fúlgidas coronas.

MISCELANEA.

OBITO.—El 9 del mes corriente falleció en la ciudad de Chalatenango, nuestro querido amigo don Jeremías Martínez, Socio Activo de la Sociedad científico-literaria "La Juventud Salvadoreña".

Breve fue la existencia de nuestro inolvidable compañero, acaso porque una alma tan delicada y tan sensible como la suya, perseguida por negros infortunios, no podía resistir mucho tiempo en el combate de la vida.

Gran vacío deja Martínez en el profesorado nacional, en nuestra Academia, en las letras patrias y en el seno de su hogar, donde una familia numerosa, que veía en él á un segundo padre, llora inconsolable su eterna ausencia.

Nuestra Sociedad lamenta profundamente esa irreparable pérdida, y consagra este número especial de su Revista, como una cariñosa ofrenda, á la memoria del que fue Jeremías Martínez.